



Dios: Palabra Entrañable

La reflexión teológica reciente habla de Dios como padre, lo que no deja de plantear problemas, pues, por un lado, vivimos en una sociedad sin padres y, por otro, el colectivo femenino se queja de que son imágenes sexistas. Por todo ello, en mi planteamiento evito la palabra padre sustituyéndola por lo que yo creo que es la paternidad divina y que resumo con dos vocablos: palabra entrañable. Con esta elección intento combinar en Dios los componentes que hacen relación al mundo de la razón y de la comunicación, que sumaliza la palabra, con el mundo del sentimiento y de la intuición, que nacen de la entraña. La primera, la palabra, sentencia, habla, manda, ejecuta... mientras que la segunda, la entraña, en la sombra y medio escondida, genera esa acción, ese logos.

Isabel Gómez Acebo*

* Teóloga laica. Madrid.

HAY una frase que no comparto pero que resume mi pensamiento: «Detrás de un hombre famoso, en su sombra, está siempre una mujer». En este caso diríamos que detrás de la palabra de Dios está la motivación de Dios, que cuando nace de la entraña se identifica con el mundo de lo femenino. Pues varón acabó igualándose con la palabra, con la razón, con el espíritu y con la autoridad. Mientras que mujer se unió con la intuición, el sentimiento, la materia y la subordinación. La dicotomía fue en perjuicio de ambos, pues a los primeros se les negó que dieran rienda suelta a sus sentimientos, hijos de la intuición femenina; los hombres no lloran. Boabdil se atrevió a hacerlo ante la pérdida de una joya como Granada y fue tachado de afeminado.

A las mujeres, por nuestro lado, se nos negó la capacidad de raciocinio y, por ende, de gobierno, pues no se podía poner en nuestras manos el destino de lo público. Un recorte que Orígenes resume con estas palabras: «Es impropio de una mujer hablar en una asamblea, diga lo que diga, incluso si pronuncia cosas admirables o santas; eso no importa, ya que provienen de la boca de una mujer» (1).

Mi intención de unir en Dios palabra y entraña nos permite superar los dualismos, descubrir nuestra imagen dual de varón y de mujer en su persona. Ya decía San Agustín que Dios es padre porque «crea, llama, manda y gobierna: madre porque abriga, alimenta, amamanta y conserva». Es el amor incondicional de la madre, sustentado en la inmanencia divina, junto con el amor exigente del padre, apoyado en su trascendencia.

Esta unión incluso nos permite encontrar las motivaciones que le llevan a Dios a obrar, a seguir un comportamiento muchas veces incomprensible. Y es que, como decía Pascal: *«L'amour a des raisons que la raison ne connaît pas»*, el amor tiene razones que la razón desconoce. Amor y razón, palabra y entraña, cuerpo y espíritu, trascendencia e inmanencia, mujer y varón se ocultan tras nuestro título para Dios de palabra entrañable; se ocultan tras la imagen de padre que pienso diseñó Jesucristo.

La mala prensa de la mujer, de la materia y de los sentimientos también repercutieron en la descripción de Dios. Pronto su condición asexuada sólo se reflejó en el mundo de lo masculino, y el horror a la inmanencia divina le fue alejando del mundo que había creado. Incluso en Jesús, el salvador, primó su naturaleza divina y su condición de juez, favoreciendo su aleja-

(1) Cita de Orígenes en Karen To Torjesen, *When women were priests*, Harper, San Francisco, 1995, p. 114.

miento y contribuyendo a la aparición de un sin fin de intermediarios que facilitaran su acceso: léase María y los santos.

Mis palabras van a tratar de recuperar esa entraña perdida para colocarla junto a la palabra de Dios, pues juntas, palabra y entraña, serán capaces de ofrecernos una imagen más real de lo que supone la paternidad de Dios. El camino comenzará por el AT y nos llevará hasta el día de hoy, dejando bien claro que palabra y entraña deben convivir dentro de todos los seres humanos igual que lo hacen en Dios, nuestro modelo.

La entraña divina en el AT

Los padres israelitas

UNAS circunstancias específicas de la sociedad israelita permitieron que los judíos pensarán a su Dios cercano e involucrado con sus vidas. No parece que ocurrió lo mismo con los otros pueblos de su entorno cultural, cuyos mitos reflejan un mundo en el que imperan unos hijos guerreros y belicosos que cuentan con unos padres inexistentes o perezosos.

Y es que los padres israelitas se ocupaban mucho de sus hijos. Desde muy pronto se insertaban en la relación madre-hijo, abriendo al niño el mundo de las relaciones fuera del hogar y dándole la identidad de género. Incluso toda una clase de ritos lo confirmaba: la redención del primogénito que suponía la exigencia de su cuidado; la circuncisión, un rito de pubertad que en el caso judío se hace al nacer y que compromete a los padres con su hijo hasta su matrimonio; y la Pascua, originariamente una fiesta de pastores para conjurar demonios, que ahora se concibe para la protección de los hijos, incluyéndoles en la historia de la salvación. Incluso la educación, al cuidado del padre y de la madre, se hacía en las aulas caseras y no se recurría a escuelas ni centros especializados (2).

La fidelidad conyugal de las parejas, que garantizaba la paternidad, el amor por los hijos y la ausencia de infanticidios, repercutieron en la imagen divina, pues el cielo siempre refleja el mundo terrenal aunque mejorado. Yahvé se convirtió en un padre involucrado y solícito de su pueblo adoptado, una imagen que acabó a su vez incidiendo en los padres israelitas (3).

(2) Algo muy distinto del modelo de Esparta o de Atenas.

(3) John W. Miller hace un buen estudio de la paternidad israelita y su influencia en las imágenes divinas en *Biblical faith and fathering*, Paulist Press, N. York, 1989.

Dios se hizo padre como receptor de la vida en la adopción y actuó como madre y padre del pueblo a lo largo de la historia.

La herencia de las diosas

HOY parece demostrado que no sólo en la religiosidad popular sino en la propia religión oficial Yahvé gozó de una compañera, de una esposa en la figura de la diosa Ashera. Posiblemente no fue hasta la vuelta del destierro cuando se quemaron todas sus estelas y se talaron los árboles que la representaban (4). Su papel tuvo el inconveniente de identificar a Yahvé con un varón, pero con su desaparición se traspasaron a Dios todas las imágenes inherentes a las diosas mediterráneas. Imágenes que se pueden integrar en tres grandes bloques.

a) *El primero* comporta todas las referencias a la gran **Diosa Madre**, cuyo primer acto maternal empieza por la gestación y el desarrollo del feto dentro de su seno (Job 38, 28-29; Is 46, 3 y 49, 15). Es una intuición universal de que todo lo creado surge de una gran matriz que hermana a todas las criaturas y a la que todas vuelven acabado el ciclo de su vida vegetativa. «Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir» (5) o «polvo eres y en polvo te convertirás» (6) hacen de esa matriz líquido amniótico o tierra receptora; dos versiones complementarias de una misma idea que nos lleva a contemplar la muerte como la vuelta al hogar divino de donde procedemos.

La figura de Cristo que desarrollan algunas cartas paulinas habla de su función encargada de recoger al orbe entero en su seno para devolverlo al Padre, su origen, y que sea glorificado. Para Teilhard comporta esa acción de Cristo una tercera naturaleza, la cósmica, junto a la divina y la humana.

Ese seno materno, *rahamim*, en el desarrollo del lenguaje hebreo acaba utilizándose para expresar el calificativo de misericordia, pues los nueve meses de unión íntima entre madre e hijo generan una relación modélica que todos debemos imitar.

Los paraísos de una infancia perpetua en el seno materno tienen un final

(4) Hay muchos libros que hacen referencia a las relaciones entre Yahvé y Ashera. Entre otros Tilde Bingen, *Asherah. Goddesses in Israel and the Old Testament*, Sheffield 1997 y Saul M. Oyan, *Asherah and the cult of Yabweh in Israel*, SBL, Atlanta, 1988.

(5) Conocida estrofa de las Coplas a la muerte de su padre, de Jorge Manrique.

(6) Antigua liturgia del miércoles de Ceniza.

que la madre padece con los consabidos dolores de parto (Os 13, 4-8 y Is 42, 13-15). En este caso los sufre Dios para dar a luz una humanidad nueva y para sufrir con sus hijos a lo largo de todas las vicisitudes de la vida. Hambre, persecución, maltrato, desprecio... de los más desfavorecidos de la sociedad parten el corazón de Yahvé.

Junto a estas funciones primarias biológicas aparecen las actitudes de la madre que ayuda a su hijo en sus primeros pasos (Os 11, 3-4) y que seca las lágrimas del que pronto descubre que la vida está llena de dolor (Is 66, 12-13). Las caídas comportan rasguños que precisan cuidados médicos, una faceta medicinal que en las civilizaciones antiguas está reservada a las diosas y que Yahvé sustituye (7).

Dice Oseas que Dios sujeta a su criatura con cuerdas de amor para que no caiga. Suponen toda la urdimbre emocional que se ha ido tejiendo entre Yahvé y su pueblo. Los años de convivencia amorosa que van fabricando un paño resistente que es capaz de sufrir el embate del viento y que abriga de la soledad y del frío. El arte de tejer, de nuevo una función al cuidado de las diosas y de las mujeres, tejedoras eternas de los órganos del cuerpo humano, de las fibras del vestido y de las lianas de los afectos familiares.

b) *El segundo bloque* de imágenes tomadas prestadas del mundo de las diosas gira en torno a la **Diosa Comadrona**. Nuestra moderna civilización es incapaz de imaginar la importancia de estas mujeres en las sociedades primitivas, pues no sólo suministraban servicios clínicos sino que hacían funciones sacerdotales y legales. Aspirar las flemas del bebé, cortar y disponer del cordón umbilical tenían un significado ritual y legal. En el entorno del AT era corriente el que hablaran al feto para que adoptara posturas normales que permitieran un parto sin complicaciones. Eran fórmulas conminatorias semejantes a las palabras de Jesús a Lázaro para que saliera de la tumba. Su último servicio era facilitar que los padres aceptaran a su hijo, si este acto no se llevaba a cabo, en manos de la comadrona quedaba disponer del niño a su antojo (8).

Dentro del gran cuadro de las labores de la comadrona Yahvé adopta varias funciones:

Un Dios que ayuda en el nacimiento cuyo primer ejemplo es Eva. Otro caso es cuando la misma Eva exclama en el nacimiento de Caín: «He tenido

(7) M. Stone, *When God was a woman*, Harvest Books, N. York, 1976, p. 3.

(8) Don C. Benjamín; «Israel's God; mother and midwife», *BTB* 19 (1989) 115-120.

un hijo con la ayuda del Señor», lo que puede estar aludiendo a esta faceta divina. Pero el texto más representativo es Job 38, 8: «¿Quién cerró las puertas del mar, cuando impetuoso sale del seno?». La labor de Dios está claramente referida al orden en el caos acuático que amenaza con inundarlo todo. Yahvé cose, sujeta, frena a esa matriz recién parida.

En el capítulo 16 de Ezequiel, Dios adopta a una criatura cuyos padres se desentienden. El bebé es una niña (interesaban menos que los varones) que representa a Israel (9) y a quién Yahvé corta el cordón umbilical, lava, friega con sal y faja.

La siguiente imagen representa a Dios vistiendo a su criatura recién nacida. En el libro de Job 38, 9 el propio Yahvé describe su hacer lleno de ternura: «Dándole yo las nubes por mantillas y los densos nublados por pañales». Pero no sólo es el océano primordial su cliente, pues a los seres humanos les teje los órganos de su cuerpo antes de su venida al mundo (Job 10, 11) y a nuestros primeros padres les cose túnicas de piel antes de entrar en su nueva vida fuera del Paraíso.

La última función de la diosa comadrona es entregar el niño a la madre sano y salvo. Eso es precisamente lo que refleja el Salmo 22, 10-11. La madre del salmista había puesto a su hijo en manos de una profesional que debía atender todos los avatares de la gestación. Nuestro autor no tiene duda, era Dios mismo quien había cumplido esa función para, terminada, dejarle confiado en manos de quien le dio a luz.

c) Las imágenes en torno a la **Diosa Nutrex** son las últimas que hereda Yahvé. Como su nombre indica, su núcleo hace mención a la alimentación del recién nacido. (Núm. 11, 12; Sal 34, 9; Sal 131, 2; Is 66, 10-12 e Is 49, 15).

Es difícil encontrar una perspectiva que describa con tanto acierto el cuidado como la leche materna, pues en lo que respecta a Dios abre el abanico hacia el polo del alimento material como del espiritual. En el primero, su papel de madre le compromete con el deber de alimentar a su criatura para que alcance su madurez. En el campo espiritual es el líquido que añora el hombre religioso en sus contactos con Dios; es la leche que calma la sed del alma y que termina con la aridez del desierto.

La palabra nodriza, *'mn*, es responsable de la terminología de nuestro amén como sinónimo de fidelidad. Amén equivale a creer, a seguir los consejos de la persona que nos ha dado de mamar con la confianza de que no

(9) El proceso del abandono de niños recién nacidos está bien estudiado en Meir Malul, «Adoption of foundlings in the Bible and Mesopotamian documents», *JOT* 46 (1990) 97-126.

nos engañará. La madre que da a luz y que amamanta a su pequeño engendra una confianza sin límites en su criatura, pues ella está siempre donde él la necesita (Sal 27, 9-10; Is 49, 14-16; 66, 12-13).

Una figura alternativa

POR último y antes de entrar en el Padre de Jesús, creo que hay que mencionar un fenómeno curioso: la palabra de Dios, esta vez no los sentimientos, se difraza de mujer y baja a la tierra para convencer a los mortales que la sigan. Es un cambio de estereotipo cultural muy valioso en estos momentos de fuerte integración de las mujeres a la vida pública. Estoy refiriéndome a los textos sobre *la Sabiduría personificada* de Yahvé. Sólo quiero colocar el énfasis en la idea de que en este caso la figura femenina no hace mención a su faceta de madre o de esposa sino de educadora y de amante liminal, pues prácticamente todo su trabajo se desarrolla en la calle, un lugar no muy apropiado para una mujer honesta de su época. Ella hereda la presencia de Dios entre los hombres, la *Shekinah*, también un nombre femenino para Dios, que marcaba la nube o la gloria de Dios en el santuario. Un Dios que se autolimitaba para entrar en contacto con su criatura.

Esta sabiduría con rostro de mujer exclama: «A vosotros, hombres, os llamo; para los hijos de hombre es mi voz... Escuchad, voy a decir cosas importantes y es recto cuanto sale de mis labios... Yo soy la inteligencia, mía es la fuerza. Por mí los reyes reinan y los magistrados administran la justicia» (Prov 8).

Unos textos que nos permiten afirmar que no se pueden clasificar los comportamientos como masculinos o femeninos, una clasificación que obedece a razones y estereotipos culturales. La sabiduría en forma de mujer le presta a Dios su palabra, su inteligencia, su presencia... para encaminar a los hombres por la senda adecuada. Las mujeres no sólo le prestamos a Dios los rasgos de nuestra maternidad y ternura, rasgos en los que los varones también participan.

Llegados al NT nos encontramos con que la misoginia ha crecido, un desarrollo impulsado por el helenismo, con lo que se hace más difícil, si cabe, encontrar valores femeninos para Dios. Cercanía, inmanencia, ternura, resguardo, compasión... son valores de mujer que Yahvé tenía pero que ahora son poco apreciados.

La paternidad de Dios en el NT

LA sociedad judía cambió, pues los padres desposeídos de la tierra, por necesidades de trabajo tuvieron que emigrar a Jerusalén o a Tiberiades donde los herodianos hacían grandes obras. Con ello, su figura se convirtió en la de un padre ausente, pero que tenía en su mano el destino de los suyos; al *pater familias* correspondía el poder absoluto sobre la mujer y los hijos.

Un último rasgo de la civilización mediterránea nos hace falta añadir para comprender la postura de Jesús ante la paternidad; es una sociedad que está ligada por las leyes del patronazgo. Con el poder concentrado en pocas manos nacieron los vínculos patrón-cliente por el que el poderoso suministraba bienes tangibles en caso de necesidad a cambio de respeto y honor por cuenta del pobre. Si el gran patrón era el emperador, los oyentes de Jesús en el siglo I, dice Malina, al oír la palabra padre para Dios la asimilarían a patrón (10).

Pienso que estas circunstancias hicieron que Jesús fuera cauto al utilizar la palabra padre para Dios. Marcos y la fuente Q tienen muy pocas referencias, que crecen en Mateo y Juan, lo que me lleva a la afirmación de que fue la primera comunidad la que desarrolló la paternidad de Dios y que Jesús la describió apartándose de las expectativas de sus oyentes (11).

El Padre que describe Jesús (12)

EMPIEZA advirtiendo que no se llame a nadie padre en esta tierra (Mt 23, 9). Para algunos la frase es de la comunidad mateana que se levanta contra las pretensiones de los rabinos; para otros lo que intenta demostrar es que la paternidad de Dios es única. Sólo Dios tiene la autoridad sobre los seres humanos y puede aunar en su persona la maternidad y la paternidad; un padre poderoso con un corazón amante.

En la misma línea de razonamiento va la itinerancia de su movimiento y el *ethos* antifamiliar que desafía a la familia patriarcal (Mc 3, 31). Cuando

(10) Bruce J. Malina, *The social world of Jesus and the gospels*, Routledge, Londres, 1996, pp. 147-149.

(11) Ver Mary Rose D'Angelo, «Abba and father; imperial theology and the Jesus traditions», *JBL* III/4 (1992) 611-630.

(12) He desarrollado este epígrafe en «Rasgos bíblicos de Dios Padre» pp. 165-167, *Dios, nuestro Padre*, Rafael Lazcano (ed.), Centro teológico San Agustín, Madrid, 1999.

habla de la nueva familia cristiana no incluye a los padres, pues su comunidad está formada por un discipulado de iguales donde todos somos hermanos y donde todos podemos ser madres. La familia actual se ha movido en esta misma línea que impulsa hacia el compañerismo y abandona la autoridad.

Por todo esto, más importante que buscar la palabra Padre en boca de Jesús, es estudiar su descripción. Posiblemente sea la parábola del Hijo Pródigo donde mejor se ven sus rasgos. El entorno de riqueza permite que el padre viva entre los suyos y que reparta bienes, algo insólito para el momento. Más insólito aún es el recibimiento al hijo rebelde que vuelve a casa, un recibimiento de madre, pues al abrazo, a la fiesta y a la túnica se une la falta de reproche. El relato quiere dejarnos ver que la actuación de Dios en la historia no se caracteriza por el castigo y el juicio sino por la libertad y el perdón.

En otros lugares de los evangelios vemos cómo ese Dios muestra especial predilección por los más desposeídos. Sigue el camino de la madre que ama a todos los hijos por igual pero no a la vez, pues su corazón se derrama sobre el que más lo necesita en cada momento. No es el Dios del poder y de la victoria sino el que calienta con su sol, llama al servicio humilde y a la entrega generosa. Las exigencias del juicio final para entrar en el reino: dar de comer, de beber, de vestir al desnudo... son semejantes a los actos que hemos visto hacía Yahvé en el AT. Con ellos, Dios nos invita a entrar de su mano en una fraternidad bajo su paternidad/maternidad universal que le permite ensanchar los límites de la humana y abrirla al mundo entero.

El propio Jesucristo se convirtió en retrato vivo de su Padre. Eso no extrañaba, pues los hijos de su momento seguían los pasos de sus progenitores en todas las facetas de la vida. De un Dios que se define como amor nació un hijo que era la misericordia encarnada.

Le tacharon de afeminado, quizás porque no había constancia de su matrimonio, pero también por su actitud de cariño hacia los niños, por sus lágrimas derramadas ante el sufrimiento, por su oferta de consuelo a las mujeres, por su declaración de ser «manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29) y porque se refiere a su persona como una gallina que quiso recoger bajo sus alas. Incluso encontramos frases que nos hablan de su faceta materna en cuanto a los sarmientos unidos a su tronco y se convierte en el grano de trigo que muere para dar a luz.

Cuando habla del camino que deben recorrer sus discípulos, narra la parábola del samaritano demostrando que a un corazón que sufre con el dolor ajeno le sobran las preguntas y trasciende las fronteras de la raza o de

la religión. Y es que la libertad que ganan, como hijos de Dios sus seguidores, es para colocarla a los pies de los más necesitados, de lo que dio ejemplo el Maestro en su última cena.

El resultado final proyecta una comprensión de Dios que fueron incapaces de captar sus contemporáneos. Era un Dios loco para los representantes del Dios oficial, pues no quería ser encontrado en la ley sino en los desamparados de la sociedad a la par que sustituía la fidelidad a la norma por la fidelidad al amor. Se desposeía de su poder y aceptaba entrar en la debilidad del mundo que había creado, abandonaba su poder de Padre y escogía la presencia débil de la Madre.

La reflexión cristiana

UNAS últimas consideraciones me llevan a pensar que el cristianismo no siempre supo entender esta doble faceta de Dios. Se acentuó la palabra y se olvidó la entraña, generando un dios rígido, severo, autoritario, un dios del miedo. Se llegó a conformar una paternidad de Dios que se convirtió en algo idolátrico, haciendo irreconocible en él al padre de Jesús.

Es cierto que las condiciones del entorno no favorecían estas ideas nuevas. Había un enorme desprecio por todo lo que supusiera materia-cuerpo como opuesto a espíritu. Mujer y entraña, que se veían desde Aristóteles como más materia y más cuerpo, no podían reflejar la gloria divina en todo su esplendor. Las imágenes femeninas para Dios y por ende su inmanencia y su entraña cedían, primándose la masculinidad y la trascendencia.

Dios Padre se fue alejando, se convirtió en el gran Pantocrator. Jesucristo también sufrió «una patada para arriba», pues se hizo juez de los cristianos. El que se encarnó para salvar al mundo se hacía juez del mundo. Incluso el sacramento del perdón, que reflejaba a la parábola del Hijo Pródigo, se llamó sacramento de la penitencia.

Para disminuir estas distancias de Dios y de Jesús hubo necesidad de echar mano de toda una serie de santos. La palabra santo, que empezó siendo sinónima de cristiano, acabó siendo referida a los que habían muerto y podían actuar como intercesores ante Dios. Entre ellos, María se convirtió en la intercesora por excelencia, de tal manera que se llegó a decir que el reino de la justicia en el cielo pertenecía al Hijo, mientras que el de la misericordia era cosa de la madre. Era obligado, pues la excesiva masculinización de Dios se resolvió en el catolicismo con la figura de una mujer, su madre, a la que se acabó dándole rango de diosa.

Quizás la religión católica necesita ser liberada de nuestras proyecciones infantiles sobre la omnipotencia de Dios, sobre las riquezas de Dios, sobre la responsabilidad de Dios. Eso nos liberará de la figura divinizada de un Padre todopoderoso olvidando que nuestra religión tiene su base en la cruz. Dice Eckhardt que hay que dejar ir una imagen equivocada de Dios para que entre otra nueva: «Ruego a Dios que me deshaga de Dios».

Y es que el filósofo ha construido la imagen de un Dios incorpóreo e inmaterial tan instalado en su trascendencia y tan lleno de su plenitud que no tiene espacio para que le afecten nuestras vicisitudes; nuestro Monte de los Olivos le deja indiferente. Pienso que hay que apostar más bien por atribuirle a Dios un cuerpo en la línea de los textos del AT, lo que nos permite que la realidad nos hable de Dios y que Dios mismo conozca lo que suponen espacio, tiempo, sensibilidad...

Aunque todo el lenguaje sobre Dios se mueva en el mundo de la metáfora y a pesar de los riesgos de antropomorfismo, yo apuesto, con el hombre que reza, que en Dios hay afectividad, pues aquel que es incapaz de sufrir sólo puede conocer a medias lo que supone el sufrimiento. Si persistimos en definir a nuestro Dios como amor tenemos que dejar que sufra con su creación, que sus reacciones experimenten el costo y el regalo del amor, incluso que sus emociones sean más intensas que las nuestras (13). El amante perfecto tiene que ser pasible y corpóreo.

Inmanencia, pasibilidad, corporalidad, mutabilidad... términos que hasta hace muy poco era blasfemo atribuir a Dios, pero que se van abriendo paso poco a poco. Si dejamos que fluya la entraña de Dios, ahogada hasta ahora por la palabra, nos resultarán calificativos normales e incluso nos preguntaremos cómo a un Dios que se define como Padre no se le han aplicado antes.

(13) Marcel Sarot, *God, passibility and corporeality*, Kok Pharos, Kampen, 1992, p. 206.